



Universidad
Politécnica
de Nicaragua

Sirviendo a la Comunidad

CUADERNO JURÍDICO Y POLÍTICO

Volumen 4 • No. 11 • Enero - Junio 2018 • ISSN 2413-810X

Publicación semestral
Managua, Nicaragua

SUMARIO

- Informativo
- Presentación
Norberto Herrera Zúñiga
- Editorial
Danny Ramírez Ayérdiz
- Avances y resultados de investigación
Constanza Ramírez-Marchant
- Artículos
Andrea Rodríguez
Ana Silvia Gómez
Carlos Gil de Gómez Pérez-Aradros
Maite Aguirrezabal Grünstein
- Corpus iuris de derechos humanos
Corte IDH



ICEJP
Instituto Centroamericano de
Estudios Jurídicos y Políticos



CONSEJO NICARAGUENSE DE CIENCIA Y TECNOLOGIA

Mejor revista indexada
Nicaragua 2017

ECJP
UPOLI

Escuela de
Ciencias
Jurídicas y
Políticas

TRABAJO SOCIAL Y DICTADURA MILITAR: RESISTIR DESDE LO CLANDESTINO

Constanza Ramírez – Marchant

Bachiller en Ciencias Sociales, trabajadora social con mención en intervención socio jurídica. Diplomada en Metodologías de la Investigación e Intervención Social por la Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile. Magisteranda en Trabajo Social con mención en Intervención Social por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Contacto: constanza.ramirez.ts@gmail.com

Recibido: 11.02.18/Aceptado: 02.03.19

RESUMEN

El presente artículo busca describir los primeros hallazgos del proceso de investigación descrito, enfocando su construcción y desarrollo en los relatos de las trabajadoras sociales de la época (1973–1990), la noción memoria, poder y resistencia, el trabajo social clandestino y organizaciones relacionadas con la defensa de los derechos humanos. Por lo tanto, se pretende identificar en la memoria un espacio de resistencia enfocado en la transformación social, reconociendo la relevancia histórica de las voces que protagonizaron desde el trabajo social y clandestinos espacios de intervención, la dictadura militar instaurada por Augusto Pinochet en Chile.

PALABRAS CLAVE

Dictadura militar, trabajo social clandestino, procesos de resistencia, memoria, poder.

ABSTRACT

This article has the task to describe the firsts investigation processes findings, focus on its construction and development based on story of social women workers of the time (1973 – 1990). The notion memory, power and resistance clandestine social work and organizations related to the defense of human right. Therefore, its intend to identify in the memory a space of resistance focus on the social transformation, recognizing the historical relevance of voice that starred in intervention space from the social and clandestine work, the military dictatorship establishes by Augusto Pinochet in Chile.

KEYWORDS

Military dictatorship, clandestine social work, resistance process, memory, power.

Sumario

Introducción | Revisión de literatura
| Materiales y métodos | Resultados y discusión
| Poder y resistencia | Trabajo social clandestino
| Trabajo social y memoria | Conclusiones | Referencias bibliográficas

Introducción

Reconocer la perseverancia de la memoria implica comprenderla como un espacio de transformación social, vinculado a la identificación de relatos que, de alguna u otra forma, construyen los procesos históricos que hoy identifican y relacionan a los sujetos. Dicho tejido social se configura desde la colectivización de la memoria, posicionar el relato de ese otro como medio de construcción y desarrollo de cimientos sociales, para así, reconfigurar las dimensiones del quehacer disciplinar del trabajo social.

La memoria se relaciona con una posición de negación ante el olvido, aunque no debiese comprenderse como una pérdida interminable, como un trauma que no logra desprenderse de su configuración (Acuña, 2016), sino que, con el hecho de reconocer lo sucedido, identificando que la construcción de ese relato, configura la necesidad de expresar lo que incomoda como ejemplo de reconocimiento ante un contexto histórico determinado.

La historia y la memoria son parte de una relación indispensable al construir reflexiones sobre algún periodo histórico, más si es que dicho espacio representó un estado de vulneración a los derechos humanos. Si bien ese cruce (historia/memoria) puede resultar complejo y muchas veces problemático, resulta necesario reconocerlo y reflexionar sobre esa dinámica. La historia identifica hechos determinados desde una posición o mirada específica, la memoria es una urdimbre que se reconstruye desde, por ejemplo, el dolor, el recuerdo y el olvido.

Historia y memoria no guardan la misma simetría, son esferas distintas, por lo tanto, su construcción y desarrollo se posicionan en torno a diversos contextos. La historia se enfoca en la búsqueda del saber, explicar, analizar o traducir, desde una mirada global y neutral, mientras que la memoria, busca atestiguar, restituir, premiar o culpar de forma particular y relativa (Flier, 2016).

Las dictaduras militares son un reflejo de lo descrito. Históricamente son parte de un pasado reciente: actuaron desde la negación intentando naturalizar sus actos a través del castigo, bajo una política torturadora y asesina. Desde la historia, es una esfera que está en proceso de construcción. Desde la memoria, dicha imposición de poder concluyó en la construcción de un contexto de resistencia y lucha social. Entonces, parece relevante complejizar el recorrido paralelo de la historia y la memoria, direccionando los esfuerzos a una edificación democrática, la cual permita contribuir en la búsqueda de la justicia social.

La dictadura militar chilena instaurada bajo el golpe de Estado ordenado por Augusto Pinochet, trajo consigo diecisiete años de opresión social. A 45 años del golpe militar y situando los esfuerzos en una sociedad que ha buscado reconstruirse mediante distintos movimientos y formas de colectivización social, es posible indicar que ese espacio de represión y vulneración de los derechos humanos, pretendió desarticular el poder social de la época, desapareciendo, torturando y asesinando a quienes se opusieron a dicho mandato.

En este lineamiento y reconociendo al trabajo social como un espacio transformador que históricamente ha velado por los derechos humanos y la justicia social, es que surge la necesidad de conocer los procesos de resistencia observados por las trabajadoras sociales o estudiantes de trabajo social de la época (1973-1990) a partir de la memoria y reconocimiento de la misma. Diecisiete trabajadores/as sociales torturados/as, desaparecidos/as y asesinados/as en la dictadura militar chilena (1973-1990), representan una dolorosa fractura para el trabajo social y su memoria, reconstruir la identidad desde ese dolor requiere de diversos esfuerzos para complejizar la historia del mismo y rescatar la memoria de quienes resistieron bajo la represión de Augusto Pinochet.

El presente proceso de investigación se encuentra en pleno desarrollo, lo construido resulta ser parte de los resultados y hallazgos iniciales. Por lo tanto, dicho reconocimiento busca dar a conocer los relatos de las cinco trabajadoras sociales entrevistadas hasta la fecha, como parte de la memoria colectiva que sustenta la historia de la profesión. Se comenzará contextualizando históricamente al trabajo social en Chile, específicamente en la dictadura militar y etapas previas a la misma, continuando con la metodología del proceso de investigación y hallazgos iniciales, para así, concluir con una breve sistematización del estudio.

Revisión de literatura

Para los efectos de este artículo, se contextualizará al trabajo social en Chile, principalmente, desde lo construido por las trabajadoras sociales Ana María Salamé Coulon y Patricia Castañeda Meneses, en el texto *Perspectiva histórica de la formación en trabajo social en Chile*. Existen diversos/as autores/as que describen históricamente la profesión y su desarrollo en la dictadura militar chilena, pero las autoras descritas no sólo construyen el recorrido histórico del trabajo social en Chile, rescatando archivos, documentos y relatos de cada época, además, teorizan la articulación construida entre la historia y la memoria de la profesión, donde ambas aluden a un hecho histórico determinado desde diversas miradas y/o posiciones epistemológicas.

Ana María Salamé y Patricia Castañeda enfocan dicho texto en caracterizar la historia del trabajo social proyectándolo en cinco etapas. La etapa inicial surge con la creación de la primera escuela de trabajo social en el país y a nivel latinoamericano, la cual se denomina Escuela Dr. Alejandro del Río (1925). Este periodo se caracterizó por el inicio del trabajo social desde la apertura de diversas casas de estudio, donde su foco se constituyó desde una base filosófica y cristiana para ir en ayuda del necesitado (Castañeda y Salamé, 2010).

Las autoras indican que el desarrollo disciplinar de esta etapa recogió, en primer lugar, la tradición europea y, consecutivamente, la norteamericana. El enfoque de la disciplina es de carácter paramédico y parajurídico, por lo que su enseñanza se relaciona con la preparación de profesionales que se asocian al campo médico, jurídico y asistencial (Castañeda y Salamé, 2010). El contexto interventor de la profesión se centró en la familia y el individuo, desde una mirada asistencialista.

La carrera tenía una duración de dos años y su malla curricular estaba compuesta por materias como “derecho, economía política, profilaxis e higiene, protección a la infancia, alimentación y dietética, atención de enfermos y heridos, práctica de secretaría, y una práctica profesional de corta duración” (Castañeda y Salamé, 2010, p. 3), la cual consistía en visitas a diversos espacios de beneficencia donde la estudiante lograra comprender y acercarse a las necesidades de dicho contexto social.

En el año 1929 se construye la escuela de servicio social Elvira Matte, la cual está firmemente ligada al ámbito cristiano, específicamente católico. Su malla curricular continúa con los lineamientos descritos (paramédico y parajurídico) sumando asignaturas de las ciencias sociales y/o educación (psicología, pedagogía, sociología y economía social). Las prácticas profesionales y campo laboral continúan vinculándose a instituciones de beneficencia, además, se abren otros campos laborales relacionados con las industrias y ámbitos de bienestar social, educación y salud (Castañeda y Salamé, 2010).

Durante los años posteriores se desarrollaron y reorganizaron diversas instituciones y contextos políticos para que las llamadas “visitadoras sociales” ejercieran desde dichos espacios (Casa de Huérfanos y la Sociedad de la Protección de la Infancia, ollas comunes, leyes sociales, etcétera). En el año 1929 la carrera tenía una duración de tres años, y para 1942 se crean cuatro escuelas de asistencia social, sumando en 1945, otra en Valparaíso (Castañeda y Salamé, 2010). Esta última, es la primera escuela con grado universitario al depender de la Universidad de Chile, ya que, en 1956, se crea la escuela dependiente de la Universidad Católica de Valparaíso. Por lo tanto, Ana María Salamé y Patricia Castañeda, describen esta primera etapa como un espacio ligado al asistencialismo y al quehacer caritativo, desde un enfoque médico y jurídico, direccionando su trabajo en la familia e individuo.

La profesión comienza, entonces, desde un enfoque asistencial, donde se caracteriza y construye a partir de la beneficencia con una orientación paramédica y jurídica. Las “visitadoras sociales” son observadas como sujetos de acompañamiento y asistencia desde la caridad y la moral (Ander-Egg, 1994). El contexto histórico, político, económico y social de la época, hizo necesaria la profesionalización de este espacio existente pero desconocido, protagonizado por mujeres transformadoras y pioneras en la profesión. Las “visitadoras sociales” representaban, en las problemáticas existentes, la voz de los silenciados y el cuerpo mutilado característico de la pobreza (Illanes, 2006).

La segunda etapa descrita por las autoras Ana María Salamé y Patricia Castañeda, comienza en el año 1960 y concluye con el golpe de Estado ejecutado por Augusto Pinochet en 1973.

Esta etapa es denominada “del asistencialismo a la promoción”. En dicho espacio disciplinar se observa la transición de asistencia social -servicio social- trabajo social (Ander-Egg, 1994) desde la naturalización del quehacer profesional, ya que a mediados de los sesenta y en la última etapa de dicha transición, se visualiza un fuerte proceso de autocritica y reconstrucción profesional.

Durante los años sesenta, el efervescente contexto político, social y económico permitió construir un proceso de cuestionamiento y reformulación profesional, caracterizado por la transformación de ciertos elementos claves en el desarrollo del trabajo social. Ese contexto resultó ser un pie forzado para que se cuestionara el rol asistencial de la profesión, de su quehacer, estrategias, objetivos, operacionalización y prácticas profesionales (Castañeda y Salamé, 2010).

Ese periodo fue llamado como proceso de reconceptualización, el cual cuestionó la naturaleza de la profesión, criticando el quehacer profesional, observando la necesidad de reformular su formación, para generar un proyecto transformador y partícipe de la emancipación y libertad de los sujetos (Iamamoto, 1992). La reconceptualización es un recorrido crítico del trabajo social, un tejido que se deconstruye y reconstruye desnaturalizando el rol asistencial, benéfico y caritativo de la disciplina. De ese proceso formaron parte todas las escuelas de trabajo social de Latinoamérica, debido al complejo contexto político de cada territorio.

En Chile hasta el año 1973 las escuelas de trabajo social eran doce y, debido al contexto y movimientos sociales, sus planes de estudios se transformaron constantemente durante 1968 y 1973, sumando asignaturas relacionadas con el trabajo comunitario, educación popular y comunicación social, vinculadas a las ciencias sociales, política y procesos históricos. En 1967 el número de profesionales en Chile alcanzaba a 2.485 (Sociedad Chilena de Salubridad, 1967), de las cuales 1.164 trabajan en el sector público y de ellas, 575 en el Servicio Nacional de Salud. Ello informa que el Estado chileno empleaba aproximadamente la mitad de los profesionales egresados de las escuelas de servicio social (Castañeda y Salamé, 2010, p. 10).

La tercera etapa construida por las autoras, es justamente donde se desarrolla la construcción teórica y analítica de este artículo. Dicho periodo histórico, comienza con el golpe de Estado (1973) y concluye en el año 1990. Durante esa última etapa se detiene violentamente el proceso de crítica y reconstrucción disciplinar, cerrando casas de estudio, expulsando docentes y estudiantes. Se transforman las mallas curriculares enfocando la labor del trabajo social hacia un ámbito técnico y neutral, perdiendo la desnaturalización del enfoque asistencialista construido en el proceso de reconceptualización (Castañeda y Salamé, 2010).

En torno al ámbito académico, las autoras señalan que se rediseñó profunda y radicalmente el plan de estudios, transformando el quehacer teórico-práctico de la profesión, intentando direccionar dicha reformulación a un trabajo social técnico, con el objetivo de desideologizar el espacio disciplinar. Hasta el año 1980, las escuelas sobrevivientes al régimen militar eran ocho, retornando materias ligadas al derecho y transformando el

enfoque de las asignaturas relacionadas con las ciencias sociales. Las profesionales son observadas como implementadoras de las políticas sociales, restituyendo el rol asistencial desarticulado en el proceso de reconceptualización, por lo que prevalecen las intervenciones de tipo individual ante el enfoque comunitario (Castañeda y Salamé, 2010).

Debido al contexto políticamente represivo de la época, al ser el trabajo social una disciplina relacionada con la defensa de los derechos humanos, se desarrollaron dos espacios paralelos de profesionalización e intervención, el primero de ellos ligado al gobierno, mientras que el segundo construyó un trabajo social fuera del espacio oficial, o sea, edificado desde la clandestinidad. El quehacer profesional se constituía, principalmente, por el trabajo en red con otras agrupaciones relacionadas con el ámbito comunitario, desplegando espacios de construcción y aprendizaje colectivo. Por lo tanto, resulta ser una época de profundas y doloras fracturas para la disciplina y su quehacer profesional. Es un Estado que se caracterizó por imponer un espacio de poder violento y torturador, el cual vulnera la vida y libertad de sus ciudadanos, enfocando su carácter político en la imposición del miedo e inestabilidad social.

En el texto *Trabajo social chileno y dictadura militar. Memoria profesional predictatorial periodo 1960-1973. Agentes de cambio social y trauma profesional de las trabajadoras sociales* Ana María Salamé y Patricia Castañeda, se reconoce la transformación del trabajo social bajo un contexto impositor y totalitario, el cual dañó el proceso construido en la etapa de reconceptualización y generó un claro retroceso en el quehacer disciplinar. Las autoras relatan cómo el trabajo social enfrentó ese acontecimiento histórico, configurando su recorrido identitario en torno al trauma que significó para la disciplina dicho gobierno de facto. La dictadura militar chilena representó, para el trabajo social, un cambio radical en su configuración, objetivos, metodologías y prácticas profesionales, además de reconocer en dicha invasión nuevos espacios de trabajo e intervención social, relacionados con esferas clandestinas y opositoramente transformadoras.

No tan sólo el espacio de censura se desarrolló en el ámbito humano de la academia, también se eliminaron esferas teóricas y bibliográficas relacionadas con el trabajo social, su formación y desarrollo. La dictadura militar buscó oprimir el conocimiento del trabajo social percibiéndola como agente subversivo y opositor, anulando todo contexto de colectivización y configuración del saber.

La dictadura militar instaurada en Chile se constituyó como la feroz limitante del proceso de reconceptualización y los resultados que hasta 1973 habrían transformado la identidad disciplinar. Dicha imposición inequitativa de un poder vulnerador, generó nuevas formas de resistencia, edificando y construyendo una memoria subversiva, la cual constituye en la actualidad, el principal cimiento de la identidad disciplinar.

En relación con la cuarta y quinta etapa, las autoras relatan que la primera de estas comienza con el retorno a la democracia, donde el trabajo social se centró en reconstruir lo desarrollado en el primer y segundo periodo histórico de la profesión. Los procesos de intervención se desenvuelven en temas relacionados con la superación de la pobreza y

economía, además de reconocer un nuevo actor en el espacio académico; las universidades de carácter privado. El contexto laboral continúa sin grandes modificaciones, sumando competencias vinculadas a la esfera técnica, metodológica, participativa y personal (Castañeda y Salamé, 2010).

Las autoras indican que la quinta etapa comienza con el nuevo milenio y se extiende hasta la actualidad, describiéndola como un recorrido enfocado en la necesidad de actualizarse en torno a las nuevas problemáticas sociales. Es una etapa que busca visualizar la construcción de conocimientos a través de espacios teóricos y de sistematización profesional. Este periodo, además, genera demandas sociales vinculadas a nuevas tecnologías y, por lo tanto, renovados procesos de intervención. En relación con lo descrito y teniendo en cuenta la complejidad que significa nivelar dicho quehacer disciplinar, debido al excesivo aumento de las escuelas de trabajo social en Chile y la necesidad de generar espacios de especialización profesional, es que surge la urgencia de reconstituir el rango universitario (Castañeda y Salamé, 2010).

La construcción histórica descrita por las autoras Ana María Salamé y Patricia Castañeda, refiere a una profesión que se transforma según el proceso histórico en el cual se desenvuelve, reaccionando a las diversas transformaciones políticas de cada época. Además, resulta posible indicar que las trabajadoras sociales resultaron ser agentes propulsoras de una mayor participación política y social por parte de las mujeres (Matus, 2004) y de la esfera privada.

El trabajo social desarrollado en la dictadura militar chilena, resultó ser un espacio de lucha y resistencia, enfocando sus esfuerzos, principalmente, en la defensa de los derechos humanos. Por lo tanto, se busca articular dicha construcción histórica y las categorías de trabajo social clandestino, memoria, resistencia y poder, posibles de observar en los relatos de las trabajadoras sociales entrevistadas en este proceso de investigación.

Materiales y métodos

La investigación descrita se desarrolla desde un enfoque cualitativo, ya que se relaciona de manera directa con la subjetividad de las trabajadoras sociales de la época (1973-1990). La investigación cualitativa permite construir y desarrollar una mayor relación entre la investigadora e informante (Wiesenfeld, 2000), mostrando un estudio basado en las subjetividades, horizontalidad y reflexión mutua.

El enfoque teórico que responde al proyecto de investigación es el interaccionismo simbólico “preocupado por estudiar los significados subjetivos y las atribuciones del sentido” (Goetz y LeCompte, 1988, p. 31). La noción de interacción sustenta la propuesta, ya que no tan sólo se vincula con el sujeto como individuo, sino más bien con la comunicación construida en la colectivización de dicha interacción (Coffman, 1970). Las trabajadoras sociales conocen su comportamiento y acción frente a otros sujetos y al complejo contexto en el cual se desarrollaron, logrando construir símbolos comunes, comunicación y colectividad social.

El proceso se enmarca en un diseño exploratorio, ya que busca una “aproximación a un fenómeno poco conocido, con la finalidad de extraer variables relevantes e hipótesis para comprobarlas en indagaciones posteriores” (Ancona, 1996, p. 112). Se pretende construir una visión profunda del fenómeno y el objetivo mismo de la investigación, acudiendo a las percepciones de los sujetos a nivel de pensamientos, acciones, conductas y sensaciones. Si bien existen diversos estudios vinculados a lo descrito, pocos se enfocan netamente en la noción de resistencia y discursos relacionados.

Es posible señalar que la técnica de muestreo es no probabilística, ya que no se conoce el número de trabajadoras sociales que hayan estudiado o ejercido el trabajo social entre los años 1973-1990. Para los efectos de lo descrito, se utilizará el diseño muestral “bola de nieve”, ya que cada trabajadora social entrevistada ha reclutado más participantes para formar parte de dicho recorrido investigativo, faltando aproximadamente cinco entrevistas más para concluir con la presente etapa (Espinosa, Hernández, López y Lozano, 2018).

El instrumento a utilizar es la entrevista, direccionada hacia un espacio semi-estructurado. Las reflexiones construidas de los relatos de las trabajadoras sociales se analizarán desde el contenido observado en sus recuerdos, identificando, codificando y categorizando lo descrito (Mayan, 2001).

Resultados y discusión

En relación con la edificación histórica descrita y visualizando el contexto social, político y económico de la época en el país, es posible señalar que todas las trabajadoras sociales participantes de este proyecto de investigación, relatan y concuerdan con que las dictaduras militares instauradas en América Latina representan el principal dolor y espacio de represión histórica para cada territorio, reconociendo la herencia de dichas fracturas sociales en los actuales procesos políticos y gobiernos democráticos.

Señalan que la dictadura militar chilena resultó ser un extenso periodo de dolor, miedo, inestabilidad y agobio social. Describen los procesos antidemocráticos, desapariciones, torturas y asesinatos de quienes fuesen opositores del gobierno de facto y la violenta desarticulación de las esferas sociales relacionadas con la defensa de los derechos humanos, libertad y accionar colectivo. Indican, además, que la dictadura militar trajo consigo una profunda desarticulación del poder ciudadano construido en el gobierno socialista de Salvador Allende, instaurando la política del horror, marcada por un largo recorrido de actos siniestros.

Las trabajadoras sociales vinculan la instauración de dicho Estado de poder violento, torturador y asesino como un complejo, pero efectivo escenario para la construcción y desarrollo de nuevas formas de resistencia. El contexto de represión política característico de la dictadura militar chilena, conllevó un despertar subversivo y clandestino, lejos de la mirada inquisidora de dicho gobierno. Los espacios democráticos y de colectivización social construidos y desarrollados hasta la fecha, fueron desmantelados por el mismo gobierno militar, destruyendo toda esfera democrática de comunicación y diálogo político.

En torno al impacto de la dictadura militar en el trabajo social y observando las primeras reflexiones de la investigación, las trabajadoras sociales señalan y concuerdan en tres espacios de quehacer disciplinar representativos de la época y visualizados como procesos de resistencia.

El primer espacio hace referencia a la noción de poder y resistencia como base dicotómica en torno al rol del trabajo social en la dictadura militar chilena y, la creatividad, fuerza y orden colectivo para crear y mantener nuevos procesos de carácter subversivo. El segundo lineamiento observado se enfoca en el trabajo social clandestino, construido entre profesionales de las ciencias sociales, labor que se vincula al enfoque de redes entre la iglesia y organizaciones defensoras de los derechos humanos.

El tercer punto de reflexión, tiene que ver con la noción de memoria como espacio de resistencia. Las trabajadoras sociales visualizan la relevancia de reconstruir la historia del trabajo social desde la memoria, enfocando ese esfuerzo en la colectivización de relatos y discursos disciplinares.

Poder y resistencia

El primer espacio descrito por las trabajadoras sociales, indica que la instauración inequitativa y violenta de poder del gobierno de Augusto Pinochet, representó un escenario complejo pero efectivo para la creación y desarrollo de nuevos lineamientos subversivos y resistentes.

Es que sabemos que si hay poder o si lo aplican de la forma en que lo hicieron en la dictadura militar hay que resistir, de alguna forma, desde algún contexto, profesión, partido político. Nosotras éramos estudiantes de asistencia social y luego asistentes sociales, había que hacer [...] fue una época terrible [...] nos permitió conocer la verdadera revolución, porque para mí eso hicimos [...] desde nuestras pequeñas conversaciones en lugares que no tenían dirección, con colegas que no tenían nombre (E2).

Sí, claramente el contexto político de Chile o más bien, de Latinoamérica, nos exigía a las ciudadanas consientes formar parte de la oposición y más si una era asistente social. No podíamos permanecer neutrales ni ajenas a las desapariciones y honestamente, en ese “jugarse la vida” podías hacer un trabajo tan colectivo, tan ciudadano [...] cosa que estoy segura no te hubiera permitido hacer otra época, la dictadura militar fue terrible, pero sacó del trabajo social creatividad, fuerza y compañerismo absoluto (E5).

La noción de poder observada en los relatos descritos, permite construir dicha categoría según su utilización para así, adjetivarla. Las trabajadoras sociales construyen el concepto de poder como parte de todas las relaciones humanas, naturalizando su articulación y desarrollo en los sujetos, por lo que se mueve según saberes, discursos, recorridos de vida, relaciones sociales y transformaciones (Foucault, 2014).

Desde la academia sabemos que el poder no es negativo, lo hemos estudiado y podemos reconocer que está en todos nosotros, en lo que hacemos, en nuestras familias, trabajos [...] pasa que cuando la aplicación de ese poder es para hacer cosas como las que se hicieron en la dictadura militar, claro, se transforma en un contexto terrible (E1).

Todo lo que hizo la dictadura militar fue desde un poder negativo [...] ¿en el gobierno de Salvador Allende había poder? claro que había poder, pero jamás se utilizó para masacrar la democracia de un territorio que había logrado formarse como se formó (E2).

Michel Foucault habla de la normalización instaurada desde el encierro. Dicho encierro no se caracteriza necesariamente por privar al ser humano de su libertad, también puede estar relacionado con diversas esferas sociales que busquen someter al sujeto para vigilarlo (Foucault, 1984). En la dictadura militar chilena y, según lo relatado por las trabajadoras sociales participantes del estudio, se sometió todo espacio de oposición y libertad ciudadana, aplicando dicha privación en todas sus formas y fondos, instaurando una política basada en el miedo social.

Durante toda la dictadura militar hubo represión, cuando fuimos parte del Sí y del No hubo mucha persecución [...] daba miedo, hubo gente que se paralizó con el miedo pero uno tenía que vivir, no podía hacer otra cosa, vivir [...] yo una vez vine a una reunión de Cáritas acá a Santiago y me siguieron de la DINA, de ahí, de esa reunión me fui a caminar, comprar cosas para los niños, típico, tratando de perderlos... pasé a la Vicaría, recuerdo, pero sí, tenía miedo [...] aunque el miedo nunca me detuvo (E4).

Nunca pensé en que me iban a detener, yo salía pensando en llegar al lugar donde iba, pero sí, cuando marchaba ya desde el año 1986 salía con mi carnet en un bolsillo y limón en el otro [...] las detenciones eran arbitrarias, cualquiera que estuviera dando vueltas, caminando o arrancando lo iban a detener, era necesario el control para ellos porque era un gobierno que nadie había elegido [...] nosotras arrancábamos no más y nos atacaban con todo (E3).

Al igual que la noción de poder, el concepto de resistencia también se define según sea su quehacer. Las trabajadoras sociales concuerdan en que ese espacio de emancipación y subversión, resultó ser parte de un movimiento social construido lejos de la mirada represiva del gobierno de facto. Indican que para una gran parte de trabajadoras sociales les resultó imposible no resistir desde algún espacio político, ya que el escenario de la dictadura militar permitió construir una oposición consiente y discursiva desde el trabajo colectivo.

La resistencia, por lo tanto, implica una respuesta de transformación continua ante la imposición de ese poder, la cual desempeña, en dichos vínculos, un rol antagonista para

salir de ese espacio de “encierro” y represión (Foucault, 1984) buscando la libertad de sus ciudadanos.

Vivir era resistir, imagínate, en un espacio donde cualquier nombre significaba algo que oprimir, que torturar o matar, había que resistir [...] siendo asistente social era peor y además mujer, madre, todo era más complejo, pero de esa complejidad y miedo sacamos todas una fuerza que sólo se muestra bajo un contexto así de terrible, trabajamos desde mucho lugares y con distintas organizaciones para poder quedarnos, irnos, hacer ollas comunes porque había mucha hambre, trabajar entre todas (E1).

Resistir para mí en esa época era decir no, era ser la oposición o políticamente negarte ante lo que el gobierno te estaba ordenando [...] hoy es “normal” que la gente vaya a la Alameda y marche, en esa época era imposible, pero se hacía porque necesitábamos mostrar, de alguna forma, nuestro descontento de forma pública (E5).

Trabajo social clandestino

Como se describió en la contextualización histórica del trabajo social, entre los años 1973-1990, mientras la dictadura militar chilena desarticulaba todo espacio democrático y de libertad ciudadana, la disciplina se dividió en dos formas de hacer trabajo social. La primera se relacionaba con los espacios laborales otorgados por el gobierno de facto, mientras que la segunda, desarrolló un trabajo social colectivizado desde lo clandestino, buscando resguardar la memoria resistente del quehacer disciplinar. Para los efectos de este artículo, se entenderá la categoría de trabajo social clandestino, como una trinchera que busca resistir ante la violencia ejercida por la dictadura militar de Augusto Pinochet.

Sí, claramente hubo asistentes sociales que trabajaron para el gobierno y muchas de nosotras cesantes, de hecho, todas mis colegas cercanas fueron despedidas, había un alto porcentaje de cesantía en la época. Recuerdo que la mayor parte de los cargos eran ocupados por asistentes sociales que uno no sabía de dónde venían o dónde habían estudiado [...] gran parte de nosotras se dedicó a trabajar desde la oscuridad, donde pocas veces nos nombraban, el contexto político era muy complejo, un nombre significaba mucho, entonces todos éramos invisibles, así nos forjamos para resistir y trabajar (E2).

Yo creo que se daba para trabajar o hacer trabajo social desde la clandestinidad, como indicas [...] no tan sólo en la práctica, sino que también en la teórica, gestionando textos, libros y documentos subversivos, moviéndolos entre nosotras para canalizar ese conocimiento en la comunidad que quería permanecer ahí, en la oposición [E1].

De acuerdo a lo relatado por las trabajadoras sociales, es posible señalar que el trabajo social realizado desde lo clandestino, debido al complejo contexto político de la época, se

vinculó de forma directa con la Iglesia Católica, específicamente con la Vicaría de la Solidaridad. Todas las trabajadoras sociales entrevistadas, formaron parte de dicha organización o se relacionaron con la misma a través de la comunidad eclesial.

La historiadora María Soledad del Villar, señala en su texto *Las asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad; una historia profesional (1973-1983)* que la Vicaría de la Solidaridad surgió (1976) desde la necesidad de resguardar los derechos humanos, protegiendo a las víctimas y familiares ante la extrema violencia instaurada por Augusto Pinochet. En ese espacio de resistencia, se desarrollaron trabajadoras sociales de la época, para contener, resguardar y coordinar intervenciones basadas en la sobrevivencia colectiva, reconociéndolas como sujetos de lucha y resistencia social.

Por ahí por el año 84' empecé a trabajar en la Vicaría, fue un trabajo donde no se pagaba mucho, pero en ese tiempo siento que el ámbito monetario era lo que menos importaba, teniendo buen sueldo o no, no había mucho que comer ni tampoco mucho trabajo. Ahí recibíamos a familiares de detenidos, los ayudábamos a encontrar donde tenían encerrados a sus hijos, hermanos, padres y también a organizar a las mujeres para poder comer [...] había una casa que siempre la ocupábamos de sede, ahí llegan las mujeres con sus hijos y lo que tuvieran para cocinar y entre todas coordinamos y lo hacíamos, era un trabajo comunitario hermoso. La Vicaría también ayudaba con comida y con la entrega de nuestros servicios (E1).

Yo hice un trabajo después de egresar, el primero. Yo conocía a un sacerdote, era francés y a él le gustaba mucho el trabajo en la calle, entonces le pidió a una monja que conducía una institución que me pagara algo por hacer eso, trabajar en la calle con los jóvenes. Era como juntarse en una esquina, hablar un poco, informar, un trabajo más informal (E3).

En los Andes empecé a tirar curriculum para trabajar, en un año no encontré nada, no salió nada. Era muy difícil para nosotras las trabajadoras sociales, más yo marcada porque venía trabajando con la iglesia y ahí el año 85 empecé a trabajar con mujeres en el obispado de Copiapó, apenas unas horas, cuatro horas a la semana [...] hicimos una radio y me encargué de hacer el programa de mujeres vinculado siempre a la iglesia, pasa que ahí la iglesia era otra cosa, un actor clave en la defensa de los derechos humanos (E4).

Claro, era difícil ser asistente social gubernamental, primero, porque los espacios laborales se redujeron mucho y además, ninguna de nosotras quería formar parte de ese horror, así que la mayoría buscó trabajo en contextos vinculados a la iglesia, que era una institución que en dicha época defendía los derechos humanos, escondía gente que la dictadura perseguía [...] la Vicaría Social era, por ejemplo, un lugar donde muchas de nosotras nos desarrollábamos profesionalmente, haciendo labores de tipo comunitarias y colectivas, organizando a las mujeres de las poblaciones (E5).

El trabajo social ligado a la iglesia y Vicaría de la Solidaridad, reproduce, según las trabajadoras sociales, un espacio donde fue posible enfrentar la represión característica de la época. Entre las labores desarrolladas por las trabajadoras sociales, es posible mencionar las intervenciones de carácter jurídico, ya que fueron parte de un departamento que guardó como objetivo entregar asesoría y apoyo legal a víctimas y familias (Del Villar, 2018). Sumado a lo descrito y, al trabajo directo atendiendo a las personas que llegasen a las vicarías, entrevistándolas y asesorándolas, también resalta el trabajo de organización en torno a la comunidad y campo social.

Los procesos de intervención y labor social desde las trabajadoras sociales se vinculan, por lo tanto, al amplio espacio jurídico-asistencial (recibiendo, entrevistando y asesorando a las víctimas de la represión y sus familiares), trabajo comunitario (intervenciones de carácter territorial relacionadas con problemáticas como la cesantía, pobreza y educación) y trabajo de tipo zonal, basado en la asistencia directa y contingente, promoción popular y evangelización (Del Villar, 2018).

La labor profesional de las trabajadoras sociales significó una profunda reconstrucción identitaria, la cual debía responder, necesaria y rápidamente, al complejo contexto político, social y económico de la dictadura. El trabajo social clandestino representó el principal espacio de subversión disciplinar, construyendo colectivización desde el trabajo en red desarrollado con la iglesia, Vicaría de la Solidaridad, Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, Juntas de Vecinos, etcétera. Se construyó un espacio de lucha, el cual es posible reconocer en los relatos de las trabajadoras sociales, donde el trabajo social, indican, es una disciplina que les permite vivir resistiendo.

Trabajo social y memoria

Visualizar a las trabajadoras sociales de la tercera etapa del surgimiento y desarrollo del trabajo social en Chile, como agentes de transformación social, visualizando la memoria como parte de su construcción disciplinar (Matus, 2004), reconoce la relevancia de colectivizar sus relatos y discursos en dicho recorrido histórico, para así, fomentar su participación en la construcción disciplinar de la profesión.

Acá, para mí, lo importante es no olvidar, en algún momento ninguno de nosotras estará, digo, de las que estuvimos en la dictadura militar y es normal, es parte de la vida nuestra ausencia en algún minuto, pero es importante dejar esto, nuestras vivencias, historias, que ustedes las nuevas generaciones de trabajadoras sociales puedan conocer lo que se vivió. Eso es memoria, que quienes no vivieron o estuvieron en una cosa tan sangrienta como una dictadura militar, defiendan nuestra verdad como suya (E1).

Mi participación acá tiene que ver con eso, con hablar y decir todo lo que vimos y lo que pasó, ya pasaron 45 años del golpe, cuando ya esa generación no esté tiene que existir una forma de mostrar lo que pasó, yo creo que vamos bien, la memoria es algo que hoy y más este mes (septiembre) está súper viva, sabemos que algo pasó, que mataron, que torturaron, nadie

puede negarlo, están nuestros relatos, están los pocos documentos que se pudieron rescatar, hay videos, tenemos todo para demostrar lo que pasó (E2).

Menos mal que tenemos memoria, eso forma parte de la identidad de una persona. Lo que yo soy hoy es producto de lo que he vivido, no estoy ajena a mi historia, es producto de lo que pasé en el barrio con la iglesia, compañeras y familia. Mi memoria me mantiene, es un proceso de identidad. Ese periodo donde intentaron que olvidáramos y que restringía la libertad de las personas, el ser humano pasó a ser algo, o sea, había gente que era ser humano y otros que no, así se veía. Había buenos y malos y los malos tenían que matarlo. Pero la memoria es todo, gracias a ella nosotras seguimos aquí (E3).

Es importante recordar, saber de lo que estamos hablando, a estas alturas es imposible no conocer esta verdad, hace mucho que la gente dejó de tener miedo, ahora hablan, gritan, marchan y eso es gracias a la mantención de la memoria y a que aún sigue habiendo gente que puede dar sus vivencias y esa parte de la ciudadanía que las cree y las masifica (E4).

Ustedes también son las que deben hacerse cargo de nuestra memoria, ya lo conocen todo, desde nuestras propias voces saben lo que pasó, las torturas, las desapariciones, las muertes. La memoria está y vive, pero hay que pasarla y reconstruirla de generación en generación para que nadie olvide (E5).

La memoria como el principal espacio de resistencia y transformación, trae consigo infinitos esfuerzos por mantenerla y proyectar su reconocimiento en la identidad disciplinar del trabajo social. La memoria es la esfera de resignificación de relatos y discursos, los cuales deben ser analizados desde una época histórica basada en la represión y agobio social, tal y como lo han descrito las trabajadoras sociales participantes del presente proceso de investigación. Es necesario, entonces, realizar un cruce entre los procesos históricos y la memoria, generando formas de conocimiento y transformación social.

Por último, resulta relevante señalar que todas las trabajadoras sociales enfocan su línea argumentativa en mantener viva la memoria como un proceso doloroso pero necesario. Reconocen que es una herida que se mantiene abierta y que, al generar el ejercicio de recordar sus vivencias, personales y profesionales, conservan esa infinita fractura. Relatan que la memoria requiere de un trabajo colectivo entre generaciones, ya que reformular las tradiciones del quehacer profesional, también guarda relación con las nuevas formas de mantener y resguardar la memoria.

Conclusiones

Este artículo buscó reconocer inicialmente los procesos o espacios de resistencia observados por las trabajadoras sociales de la época (1973-1990), observando el complejo

contexto político, económico y social de la dictadura militar instaurada por Augusto Pinochet en Chile, donde se evidenció, la necesidad de mantener, en la identidad del trabajo social, dicho proceso histórico como escenario identitario de la disciplina.

La construcción histórica realizada por las trabajadoras sociales Ana María Salamé y Patricia Castañeda, señala las características del trabajo social en Chile según cinco etapas. La primera de ellas (1925-1960) se relaciona con una labor asistencial y caritativa; la segunda etapa (1960-1973) se caracteriza por el proceso de reconceptualización como espacio de crítica y reconstrucción disciplinar; en la tercera etapa (1973-1990) y, debido a la dictadura militar, el trabajo social formal es reducido a un quehacer técnico; en la cuarta etapa (1990-2000) es posible mencionar los esfuerzos por mejorar el área académica de la profesión y; en la quinta etapa (2000 a la fecha), surge la necesidad de generar una constante reconstrucción profesional debido a las nuevas problemáticas sociales.

La investigación se sitúa en la tercera parte de la contextualización histórica descrita, donde las trabajadoras sociales participantes del estudio, señalan que los procesos o espacios de resistencia observados por las mismas, se mueven entre tres esferas o parámetros teórico-prácticos, el primero de ellos se relaciona con la noción de poder y resistencia como parte de una articulación compleja pero necesaria, donde dicho Estado resultaría ser el mejor escenario para generar nuevas y creativas formas de resistencia. Si bien no es parte de una elección ni lo que se hubiese esperado de ningún contexto político, la dictadura militar chilena permitió generar procesos de lucha y subversión que en la actualidad caracterizan diversos movimientos sociales.

El segundo lineamiento de reflexión generado por las trabajadoras sociales se vincula al trabajo social elaborado desde el espacio clandestino, el cual se caracterizó por la labor realizada junto a la iglesia, a la Vicaría de la Solidaridad y a la red de organizaciones relacionadas con la defensa de los derechos humanos.

La tercera esfera construida como el principal espacio de resistencia es la memoria. Señalan que la construcción identitaria del trabajo social no puede construirse sin la memoria como eje de transformación y recorrido histórico.

Es importante señalar que lo descrito por las trabajadoras sociales como espacio de emancipación y resistencia disciplinar, requiere de diversos esfuerzos y trabajo colectivo. Mantener la memoria viva es un acto complejo pero decisivo en torno a cualquier proceso histórico, por lo que continuar con la construcción de espacios de diálogo y discusión profesional, resulta indispensable para pensar en un trabajo social transformador y colectivo.

Por último, es posible identificar otros lineamientos de investigación relacionados con esta problemática, reconociendo al trabajo social como agente clave e histórico en torno a la defensa de los derechos humanos, articulando la memoria e historia de diversos acontecimientos o fenómenos sociales y potenciando la noción de justicia social para reconfigurar el rol del trabajo social desde, por ejemplo, su rol en la dictadura militar chilena.

Referencias bibliográficas

- Acuña, M. (2016). *La rebeldía de la memoria. Archivos y memoria de la represión en América Latina (1973-1990)*. Santiago: LOM.
- Ander-Eg, E. (1994). *Historia del trabajo social*. Argentina: Lumen.
- Castañeda, P. y Salamé, M.:
(2010). Perspectiva histórica de la formación en trabajo social en Chile, *Revista electrónica de trabajo social*. Universidad de Concepción, Chile, (8), 1-21.
(2013). Trabajo social chileno y dictadura militar. Memoria profesional predictorial periodo 1960-1973. Agentes de cambio y trauma profesional, *Revista electrónica RUMBOS de trabajo social*. Universidad Central, Chile, (9), 8-25.
- Coffman, E. (1970). *Ritual de la Interacción*. Argentina: Tiempo Contemporáneo.
- Del Villar, M. (2018). *Las asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad*. Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Espinosa, T., Hernández, H., López, R. y Lozano, S. (2018). *Muestreo de bola de nieve. Departamento de Probabilidad y Estadística*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Flier, P. (2016). *Las disputas de las memorias sobre la dictadura militar en Argentina. Ciclos, narrativas y memoria justa. Archivos y memoria de la represión en América Latina (1973-1990)*. Chile: LOM.
- Foucault, M.:
(1984). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Colombia: Siglo XXI.
(2014). *Las redes del poder*. Argentina: Prometeo libros.
- Goetz, J. y LeCompte, M. (1988). *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. España: Morata.
- Iamamoto, M.:
(1997). *Servicio social y división del trabajo*. Brasil: Cortez.
(2006). *Cuerpo y sangre de la política; la construcción histórica de las visitadoras sociales (1887-1940)*. Chile: LOM.
- Mayan, M. (2001). Una Introducción a los Métodos Cualitativos; Modelo de Entrenamiento para Estudiantes y Profesionales. Recuperado de <https://sites.ualberta.ca/~iiqm/pdfs/introduccion.pdf>.
- Matus, T. (2004). *La reinención de la memoria. Indagación sobre el proceso de profesionalización del trabajo social chileno 1925-1965*. Chile: Escuela de trabajo social, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Wiesenfeld, E. (2000). Entre la prescripción y la acción: La brecha entre la teoría y la práctica en las investigaciones cualitativas, *Revista electrónica FQS*. 1(20).